

"¡Gringo!" la voz se demoró por las calles seguida de silbidos repetidos. Y bolsa al pasillo y partió en las calles de arenisca de Valencia otra vez: "¡Gringo!" José llamó desesperadamente a su amigo, pero era en vano. En su traje caro, corrió por las calles buscando. "¿Dónde estás?, ¡Gringo!" José estaba muy entusiasmado con su trabajo. Era su pasión y tal vez por eso estaba en una posición tan alta. Pero todavía todos los días encontraba el tiempo para ir a dar un paseo con Gringo, un pastor alemán.

Pero el jueves, cuando llegó a casa del trabajo y vio la puerta abierta, sabía que algo estaba mal. Gringo no estaba en ninguna parte. Ni siquiera en el rincón más alejado del jardín detrás de la cama de flores, donde le encantaba yacer. José tiró su bolsa al pasillo y partió para las calles de arenisca de Valencia. Buscó por todas las calles del barrio. Doblemente. Lo llamó, silbó y le preguntó a los transeúntes, pero sin éxito.

Y así, a la luz de la luna, regresó a su casa vacía y se sentó a trabajar para apartar su mente de las cosas. Era inútil. No le importaba cuánto lo intentó, no podía dejar de pensar sobre cómo Gringo se habría acostado a sus pies y le había hecho compañía, o cómo ya había sido ruidoso debido a su tazón vacío. El flujo de pensamientos era imparable, por lo que José llenó el cuenco del perro, lo puso en la puerta, la abrió y se fue a cama. El viernes fue igualmente infructuoso para José, y así, como el día anterior, regresó a casa a la luz de la luna.

El sábado José se levantó después del mediodía, se hizo un almuerzo tardío y se sentó en el sofá para ver la televisión, pero de repente oyó un ladrido. En ese momento, corrió hacia el jardín como si fuera alcanzado por un rayo. Corrió directamente al lecho de flores y ya desde la distancia vio la cabeza oscura de su amigo de cuatro patas. "¡Gringo! El perro se volvió en su dirección y corrió hacia José. Estaba sosteniendo algo en su boca, pero lo dejó caer para que nada le impidiera dar la bienvenida. "¡Gringo! Hombre, ¿Dónde has estado?" José acarició su pelaje, "¿sabes lo asustado que estaba de que algo te hubiera pasado? y Gringo solo ladró y movió su cola. Ladró otra vez y corrió a unos metros de distancia, donde dejó caer el objeto desconocido hace un tiempo. Lo agarró en la boca y lo puso de pie a José. "¿Qué tienes allí? Tomó el objeto en sus palmas. Resultó ser una estatuilla de una mujer con una capa hecha de una piedra marrón. "Gallito, ¿de dónde has sacado eso?"

José tomó el pastor con una correa y lo dejó guiar por la ciudad. Después de cambiar de dirección cinco veces, se detuvo en dos carnicerías y luego cambió de dirección tres veces más antes de detenerse en la entrada del Museo de historia de Valencia. Desde allí no podían moverse hasta que el perro olfateó cada esquina del área, y luego cambió de dirección nuevamente. José escribió el museo a sus notas y se dejó llevar más hacia lo desconocido. A pesar de la enorme extrañeza de la situación, José estaba disfrutando el paseo y estaba absorbiendo la atmósfera de su ciudad natal. Se metió en estas partes de manera bastante excepcional y comenzó a arrepentirse. Gringo se detuvo en el Museo de Bellas artes y en el Museo Histórico Militar. José decidió no escribir el museo militar. Y así, a la luz de la luna, regresaron a casa, pero esta vez juntos. El domingo, José se levantó temprano por la mañana, se hizo un café, metió la estatuilla profundamente en el bolsillo de su abrigo y salió al Museo de historia de Valencia. Desde lejos podía ver las columnas doradas en la azotea del museo. Había un grupo de pensionistas en frente de la puerta principal, discutiendo con entusiasmo. José entró, compró una entrada y comenzó a caminar entre las exhibiciones centenarias.

Techo bajo, apariencia de bodega y exposición histórica, todo junto creó un ambiente agradable para los visitantes. Después de una larga caminata, fue arrancado de los pensamientos por una caminata de un empleado transeúnte. Recordó la estatuilla: "¿Algún objeto ha desaparecido recientemente? Mi perro me trajo esta estatuilla", sacó el objeto de su bolsillo, pero el joven simplemente resopló algo sobre chistes malos y se alejó. José tomó una respiración profunda. Esta tarea podría ser más difícil que parecía. Pero al menos el Museo puede ser tachado de la lista.

El siguiente y el último fue Museo de bellas artes, y ahí es al dónde se guió. Un hermoso edificio monumental se alzaba entre las casas circundantes. El contraste entre las paredes blancas y el techo azul acaba de añadir a la belleza. Fue un hermoso espectáculo incluso en el interior. Salas iluminadas blancas con techos altos, grandes lámparas de araña, impresionantes pinturas exhibidas en las paredes y estatuas de magnitud en el medio. José caminaba de sala a sala, admirando las obras maestras. Aunque todo el significado más profundo lo pasó.

Llegó a una enorme sala dedicada a tres artistas: Adsuara, Vicent y Peresejo. Había varias estatuas en pedestales. Comenzó en la primera fila desde la derecha. Mientras caminaba más allá de una obra a otra, notaba similitudes tanto en estilo como en material. Incluso con una estatua en el bolsillo de su abrigo. Llegó al final de la línea y su corazón saltó de felicidad.

Donde se suponía que iba a ser la siguiente estatua, sólo había un zócalo vacío con la descripción: “La mujer de la capa-Adsuara”.

"¿Cómo has llegado hasta aquí?" José pensó, se metió en el bolsillo y volvió a colocar la estatua en su lugar.

Y la tarea se logró. Pero José no se fue a casa, todo lo contrario. Se quedó en el museo y disfrutó el domingo.

Se dio cuenta de que si no fuera por Gringo y la mujer de capa probablemente nunca había visitado el Museo de bellas artes ni el Museo de historia. Se perdería mucho y ni siquiera lo supiera.

Jana Bosáková